

LOS DERECHOS DE LA TIERRA COMO DERECHOS DE LA ESPECIE HUMANA. PRECEDENTES

Ramón Martín Mateo

Universidad de Alicante



EN la Conferencia de las Naciones Unidas que tuvo lugar en Estocolmo el 16 de junio de 1972, se adoptó una Declaración cuyo primer Principio proclamaba el derecho fundamental del hombre a la libertad, a la igualdad y a condiciones de vida satisfactorias, en un medio cuya calidad le permita vivir con dignidad y bienestar ¹.

Estos postulados han sido recogidos y desarrollados por la Conferencia de Río de Janeiro del 3 al 14 de junio de 1992 sobre Medio Ambiente y Desarrollo, que dio lugar a una nueva Declaración y no a la adopción de una Carta de la Tierra como se esperaba ², donde se reconoce a los seres humanos el derecho a una vida saludable ³.

¹ Declaración de Estocolmo de 16 de junio de 1972.

² Vid. "Antecedentes da elaboração da «Carta da Terra»", en *EcoRio*, núm. 3, 1991, pp. 4 y ss.

³ Principio 1 de la *Declaración de Río*, A/CONF/151/1.

Los progresos sobre la tutela de la naturaleza nos llevan a indagar cuál sea el alcance real en derecho de los acuerdos internacionales y más concretamente si con base en ellos, o desde las legislaciones nacionales, puede fundarse autónomamente un derecho fundamental a la conservación de la naturaleza o del ambiente.

Para ello examinaremos brevemente si desde la moral religiosa o de la ética laica hay bases suficientes para soportar el traslado de estas demandas al ordenamiento positivo.

La integración de la lógica de la naturaleza en el regimiento de las conductas del hombre, constituye para muchos espíritus sensibles de nuestro tiempo más una creencia, aunque desprendida de todo componente metafísico, que una exigencia racional tal como se presenta *prima facie*.

Esta aparente novedad empalma sin embargo con los antiguos valores, dogmas y mitos, que asumieron los primeros componentes de nuestra especie. En efecto, para el hombre primitivo la idea de lo divino se relacionaba imprecisamente con lo desconocido de su entorno vivo o inerte, el fuego, el rayo, la lluvia. Los totems, los bosques sagrados, los árboles reverenciados como el roble europeo, reflejan el deseo de invocar protección frente a la dinámica de los fenómenos naturales regidos por leyes entonces aterradoras e ignotas.

Esta actitud ante el entorno pasa a las primeras religiones formalizadas, lo que afecta a la simbología asumida, por ejemplo por los egipcios, que da entrada a multitud de dioses animales o híbridos, incluyendo especies menores como los gatos domésticos y los modestos escarabajos. La mitología griega revela también palmariamente estas mismas influencias.

Pero son sin duda las grandes religiones orientales las que mejor reflejan estas interacciones. El hinduismo se basa en una cosmogonía que permite armonizar la divinidad, el hombre y el resto de la naturaleza, de ahí el gran respeto por las plantas y los animales que además van a servir de vehículo purificador a través de la reencarnación. En el Himno a la Tierra, que aparece en el Atharva Veda 3.000 años antes de Cristo, se recoge un pasaje que refleja plenamente la preocupación actual: "Que todo cuanto arranco de ti, Tierra, vuelva a crecer rápidamente. Oh purificadora, no hiera yo tus puntos vitales ni tu corazón"⁴.

También el budismo y la filosofía taoísta asumen una especie de comunidad entre el hombre y la naturaleza, a través de la cual se puede conseguir la perfección.

⁴ Cit. KING SHNEIDER: *Informe del Consejo al Club de Roma. La primera revolución mundial*, traducción española, Plaza Janés, Barcelona, 1991, p. 152.

Otros son los planteamientos que recoge el Antiguo Testamento que asigna al hombre, al menos antes de su primer pecado, un lugar central en la naturaleza; recordemos que según la cadencia del Génesis éste es el último que aparece en la secuencia creadora, configurándosele según las tradiciones hebreas a imagen y semejanza de Dios, por lo que se le autoriza a dominar y someter la Tierra.

El cristianismo dirige su mensaje de amor fraterno fundamentalmente a la colectividad humana, pero en algunas de sus manifestaciones posteriores tiene presente también el equilibrio de la obra divina y la belleza del mundo animado e inanimado resultante. Las manifestaciones de San Francisco de Asís, de Fray Luis de Granada, entre otros, son perfectamente expresivas de las modulaciones naturalistas que tienen cabida en el cristianismo⁵, lo que retoma la doctrina pontificia contemporánea, anunciándose incluso la recepción de estas preocupaciones en la revisión catequística en curso.

Los indudables postulados antropocéntricos que animan los orígenes de las tradiciones judeocristianas, han impulsado una interpretación altamente difundida que ve a estas religiones como legitimadoras y dinamizadoras de la progresiva apropiación de la naturaleza por el hombre⁶, lo que lógicamente no es pacíficamente aceptada ni por el cristianismo que ve en ello una simplificación excesiva⁷ y afirma que en los textos sagrados hay apoyo suficiente para una ética cristiana, ni por el judaísmo que cree que estos reproches son más propios de la praxis cristiana, recordando las tradiciones agrícolas del pueblo judío y los propios textos legales que proscribían la crueldad con los animales e imponía determinadas normas ambientales⁸.

Entre los posicionamientos de otras grandes religiones, debemos mencionar finalmente los deducibles del Corán, cuya sensibilidad ambiental en relación con el agua ha puesto de relieve en otro lugar⁹.

Este rastreo histórico podría teóricamente sugerir que los condicionamientos morales de determinadas culturas pueden favorecer la eclosión de una conciencia social que contemporáneamente presione hacia el cambio de

⁵ Me remito al volumen I de mi *Tratado de Derecho Ambiental*.

⁶ Así Meadows estima que el cristianismo es una religión del crecimiento exponencial, en RICHTER: *Wachstum bis zur Katastrophe*, Stuttgart, 1974, p. 29, cit.; GRAFO: *Econología y Cristianismo, Ética y Ecología*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1991, p. 196.

⁷ Así GRAFO: *Ecología y Cristianismo*, loc. cit., p. 208.

⁸ Vid. D. EHRENFELD y J. EHRENFELD: "Some thoughts on nature and judaism", *Environmental Ethics*, núm. 7/1985, pp. 93 y ss., cit.; SOSA: *Ética Ecológica*, Libertarias, Madrid, 1990, p. 136.

⁹ Vid. MARTIN MATEO: "Mito y tecnología del agua", en *Revista Española de Derecho Administrativo*, abril/junio 1989.

comportamientos colectivos, trascendentes positivamente para el medio, operadas desde los centros de poder político.

Pero en la práctica tales conclusiones pueden ser aventuradas, si se tiene en cuenta que la patología ambiental de la sociedad industrial de nuestros días y las disfunciones del mercado aparecen por igual en todos los países, tanto en los que antaño primaban aptitudes pacíficamente respetuosas con el medio natural, como en aquellos desde los que se han lanzado las más belicosas agresiones al entorno.

Por otra parte se da la gran paradoja de que es precisamente en los denostados reductos de la cultura antropocéntrica judeocristiana, donde surgen dos grandes personajes históricos, Jesús y Marx, cuyo mensaje de solidaridad planetaria es el único presupuesto sobre el que, a mi juicio, puede reorganizarse el futuro ambiental de nuestra especie.

